

HISTORIA, LITERATURA Y FILOSOFÍA MÉDICAS

SOBRE LA VIDA Y LA OBRA DE SERVET

Prof. Dr. JOSÉ M.^a CASTRO Y CALVO

Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona
Miembro de la Real Academia de Medicina

Uno de los problemas más difíciles de la historia de las ciencias es la restauración de los hechos científicos en toda su integridad y pureza, separándolos, hasta donde sea posible, de todo lo ajeno al saber. Pero esta suprema aspiración del historiador es, a su vez, la más difícil de realizar. A ello contribuyen no pocos factores; no el menor la íntima vinculación de los hechos científicos, con las épocas y los hombres que los produjeron, que ejercieron sobre los mismos influencias recíprocas, pues sin haber llegado a una etapa determinada no se hubiera producido un determinado saber, ni éste deja de marcar una influencia sobre su tiempo y su cultura.

La esfera de acción de la ciencia es mucho más amplia de lo que a primera vista pudiera pensarse; llega a la historia social, artística y literaria.

Tiene, pues, el mayor interés establecer relación de paralelismo entre un hecho científico histórico y los anteriores, contemporáneos y posteriores, porque la historia de la ciencia no es más que un tejido de conocimientos desde los tiempos primitivos hasta nuestros días.

Esto requiere, aparte de sagacidad y constancia, una sensibilidad especial para captar y valorar el pasado; diciéndolo en otras palabras: amor a la antigüedad.

Sin este requisito, muy difícilmente puede llegarse a una investigación honrada, y sin investigación propia y personal—ya lo decía nuestro Menéndez y Pelayo—no hay ciencia ni saber posible.

Es preciso, para ello, volver a la antigüedad; leer sus libros, copiar y descifrar manuscritos, estudiar en los archivos, y así se podrá ir aclarando muchas cosas todavía oscuras, y corregir no pocos yerros que han llegado hasta nuestros días.

Es necesario hacer de la historia una cosa viva, mediante la lectura y comentario de muchos autores de la antigüedad, que no siempre han sido estudiados con el detenimiento que merecen y con criterio sereno. Ello se debe en primer lugar a las lecturas de compendios y tratados; hechos a su vez, a través de otros, de tal manera, que la exposición y el conocimiento de una doctrina es de segunda y aun de tercera mano; en segundo lugar, a la interpretación torcida de muchos pasajes y hombres de ciencia; el ambiente los ha saturado de tal modo, que ante nuestro Servet, sacrificado en la hoguera por Calvino, Knox, perseguido a causa de las víctimas que inmolaba llevado de su afán científico, Giordano Bruno quemado por hereje en Roma, o Lavoisier, decapitado por la Revolución francesa—que son los primeros ejemplos que se nos ocurren—ha sido muy difícil establecer una valoración científica separada del apasionamiento político y social que los ha envuelto.

Servet es quizá uno de los más injustamente juzgados; lo fué ya en vida, hasta acabar en aquella terrible hoguera que encendió para él la Inquisición protestante; lo ha sido después de su muerte, pues mientras sus cenizas iban errantes sin hallar consuelo y cobijo, el nombre de Servet seguía sonando en las disputas teológicas, traído y llevado para justificar o execrar una política / un crimen. Y no faltó algún osado que presentase al sabio como ejemplo del librepensamiento.

Sabido es que el siglo xv y xvi con el Renacimiento trajo la renovación de las ciencias y las artes en la cultura mediata de la antigüedad. Cruzan con rapidez de vértigo Platón y Aristóteles, al lado de Heráclito, Pitágoras y Xenofanes, en las concepciones humanistas de Philelpho, Reuclin, Pedro de Osma, Erasmo, Ficino y Valla. Las doctrinas un poco nigrománticas de Paracelso avivaban los estudios médicos de Vesalio, Fernel y Andernach.

A la Medicina le iba llegando el espíritu de investigación y las viejas doctrinas arábigas nacidas del final del medievo iban a entrar en un período de revisión y renovación, devoradas en largas polémicas.

En Miguel Servet pueden encontrarse reflejadas las principales características del Renacimiento. Hombre violento, audaz, noble, inteligente, atrevido, sabio, acude a la luz de la teología para modificar no pocos de sus principios básicos, lee y corrige a Ptolomeo, cultiva los estudios hermenéuticos; sostiene una doctrina terapéutica y descubre la pequeña circulación. Todo eso peregrinando por tierras extrañas, pobre y andariego, perseguido hasta hallar la muerte en la hoguera de Champel. Vida de aventuras y desventuras, que refleja las grandes impaciencias de un sabio.

Por eso, en torno a su figura, todos los estudios que se han hecho han sido apasionados e impulsivos, un poco más amortiguados en los tiempos presentes.

En el siglo XVIII aparecen los primeros estudios de rehabilitación histórica; es el momento en que se empiezan a dar cuenta de la tremenda injusticia cometida y se intenta repararla con homenajes póstumos. El siglo XIX fué más apasionado haciendo a Miguel objeto de grandes discusiones.

Hoy queda poco que aclarar en su biografía. Es cierto que todavía hay lagunas, lapsos de tiempo en que la figura del sabio desaparece, acaso cuando, perseguido, tenía que ocultar y desfigurar su nombre; se ha revisado ya tanto los estudios biográficos compulsándolos con los procesos, cartas y documentos, que es muy posible no se pueda hacer una nueva luz; lo que Servet quiso dejar en secreto, lo aseguró de tal modo, que será un secreto para siempre.

* * *

Vamos a fijarnos en tres de sus principales aspectos.

El primer problema que se nos planteaba en su biografía es el del lugar y fecha de su nacimiento. Se discutían las palabras del sabio, que afirmó en una ocasión ser de Tudela, trayendo para reforzar más la hipótesis la opinión de Menéndez y Pelayo, que las admitió crédulamente en los *Heterodoxos*, si bien él mismo rectificó después en un libro que casi ha pasado inadvertido—en el prólogo al libro de Valentín Gómez sobre Felipe II.—Desde entonces se ha admitido más que la patria de Servet fuera Vilanueva de Sigüenza. Labor muy meritísima, que quiero señalar aquí, es la de don Mariano Pano, aclarando documentalmente el origen de la familia, patria y casa de Miguel, todo lo cual hallamos repetido desde los libros baladísticos hasta los eruditos trabajos de Mariscal y Goyanes.

Yo creo haber aportado datos nuevos y curiosos sobre esta cuestión. En el año 1932, en mis estudios sobre Miguel Servet, publiqué una colección de documentos referentes a las familias de Servet, Reves y Conesa, enlazadas con la célebre familia Leonardo de Barbastro y los Serveto de Anifón, con lo cual creo que queda reconstruida toda la genealogía aragonesa del sabio; testimonio de mucha mayor eficacia que la tradición del altar y la casa, tan frecuentemente citados en los estudios. Es cierto que al llegar a la figura del sabio se nota un claro; han desaparecido en el archivo de protocolos toda la documentación; desaparición que pudiera pensarse con gran fundamento debida al temor de la familia de verse contaminada de la herejía del hijo.

A partir de este momento de nacimiento, lugar y fechas, la vida de Miguel va íntimamente unida a la de la ciencia; estudiar una es estudiar otra reflejada en ella. Son, por ejemplo, los estudios geográficos de Ptolomeo en la edición Pirckheimer, estudiados por Bullón; las ideas teológicas y los procesos, estudiados por Menéndez y Pelayo, Rillet, D'Artigny, Allwoerden y las comprobaciones hechas en los Archivos Cantonales de Ginebra, por Paul Ladame. Queda por reconstruir mucho de la parte novelesca de Miguel Servet, sus relaciones con el obispo Paulmier, su amistad con Quintana, sus andanzas por países extranjeros y mucho aun de sus relaciones con Ecolampadio, Calvino, Bucer y Capiton; mas todo esto es lo que el propio Servet quiso dejar así, en ese estado confuso y nebuloso, que ha dado lugar a las más variadas hipótesis y extrañas fantasías.

* * *

Seguramente en la historia de la ciencia, la más interesante participación de Miguel Servet sea en la historia de la circulación de la sangre.

Mariscal, en su último estudio sobre este autor, ha intentado probar tres cosas fundamentales: que Servet habló de él antes de la publicación de la *Christianismi Restitutio*: que no se destruyeron todos los ejemplares de la obra en la hoguera expiatoria, sino que muchos de ellos fueron a parar a Alemania e Italia, especialmente en este país, donde seguramente cayeron en manos de Colombo y

Cesalpino; que cuando éstos describen, casi con las mismas palabras que el texto de Servet, demuestran haberlo leído y, por lo tanto, cae por su base la pretendida atribución del descubrimiento a los médicos italianos.

El descubrimiento de Servet no fué un hecho casual y aislado, sino que tuvo una larga gestación en las doctrinas clásicas que precisamente había de derribar. En la evolución de estas doctrinas se han desvanecido tres grandes errores: 1.º Que las arterias contenían sólo aire. 2.º Que el tabique divisorio estaba horadado. 3.º Que las venas conducían la sangre a los miembros, en vez de éstos al corazón.

Dejando aparte creencias de los pueblos orientales, es Hipócrates el primero que habla de las venas comparándolas a los arroyos, en su misión de vivificar con riego todos los miembros. Platón ya consideraba el corazón como el centro, el *nudo de las venas*, opinión que se halla corroborada en Aristóteles. Pero éstos —lo mismo que Erasístrato— admitieron la existencia en las venas y arterias. Demócrito perfeccionó la teoría pneumática suponiendo el pneuma compuesto de indivisibles átomos que penetraban por la traquearteria, dividiéndose en el corazón en dos partes: el pneuma vital y el espiritual. A Galeno se debe el avance más colosal en las doctrinas circulatorias de la antigüedad. En la intimidad de los tejidos, allí se establece la delicada unión de venas y arterias, explica Galeno, donde hay una verdadera filtración de elementos destinados a nutrirlos. El aire no entraba en las arterias... Esta teoría de Galeno era un gran acontecimiento en la historia de la circulación. Quedaba destruida la doctrina del pneuma.

Arraigan las doctrinas del médico de Pérgamo durante toda la Edad Media, acompañadas, por desgracia de un error crasísimo, cual era la creencia de que el tabique divisorio estaba horadado, creencia que robusteció con sus juicios el célebre profesor de anatomía de Bolonia, Mundino, y el cirujano de París, Berenguer de Carpi, a quien se atribuye el descubrimiento de las válvulas mitral y tricúspide, y la cava ascendente, al mismo tiempo que se señala que fué el primero en afirmar que las porosidades interventriculares no estaban bien visibles. La negativa rotunda de las porosidades ventriculares se debe a Vesalio, antiguo discípulo de Fernel y Silvio y compañero y amigo de Miguel Servet; circunstancia que no debe perderse de vista, porque existe una verdadera conexión entre el descubrimiento de Andrés Vesalio y el de Miguel Servet.

Aun alterando un poco el orden de exposición, dejando para más abajo la cuestión concreta del descubrimiento de la circulación de la sangre, vamos a abrir un paréntesis para reseñar los principales españoles que tuvieron participación directa en la preparación de los grandes descubrimientos de Harvey y Servet, como ha demostrado Mariscal.

Sea el primero de todos el célebre albéitar don Francisco de la Reina, que destruye el tercer error con el descubrimiento de la circulación venosa, en su *Libro de Albeytería*, en 1564.

El descubrimiento va expresado con sencillas palabras:

«Si te preguntaren —dice— que por qué razón quando desgoierna vn cavallo de los braços, o de las piernas, sale sangre de la parte baxa y de la parte alta: Responde. Porque se entienda esta question haueis de saber, que las venas capitales salen del hígado, y de las arterias del corazón, y estas venas capitales van repartidas por los miembros de esta manera. En ramos y miseraycas por las partes de fuera de los braços y piernas, y van al instrumento de los vasos, y de allí se tornan estas miseraycas a infundir por las venas capitales, que suben dende partes de fuera, tienen por officio lleuar la sangre para baxo; y las venas de la los cascos por los braços a la parte de dentro. Por manera que las venas de las parte de dentro, tienen por officio de lleuar la sangre para arriba. Por manera que la sangre anda en torno y rueda por todos los miembros; vnas venas tienen por officio de lleuar el nutrimento por las partes de fuera, y otras por las partes de dentro hasta el emperador del cuerpo que es el corazón, al qual todos los miembros obedecen. Esta es la razon de la pregunta.»

Son muchos los médicos españoles que hablan de la circulación de la sangre, si bien la mayor parte de ellos lo hacen de un modo inconcreto y vago.

Andrés Laguna, en su *Anatomía methodus*, París, 1535, alude a la circulación de la sangre; describe la situación y anatomía del corazón; el paso de la sangre a los pulmones; sístole y diástole, y juego de las válvulas. Luis Lobera de Avila, médico de Carlos V, en su *Libro de Anatomía* describe el corazón y sus vasos diciendo que «la substancia del corazón es muy dura y como lacertosa»; tiene dos ventrículos, uno derecho y otro izquierdo, e igualmente dos orificios, derecho e izquierdo. Por el derecho entra la vena cava que lleva la sangre al corazón, y del mismo sale la vena arterial —*arteria pulmonar*— que la lleva a los pulmones. Del orificio izquierdo sale la arteria venal —*venas pulmonares*— que la trae y la arteria grande —*arteria aorta*— que la lleva a todas las partes del cuerpo. Los

susodichos vasos pulmonares se distribuyen por su tejido hasta las últimas ramificaciones.»

Pedro Gimeno, en *Dialogus de re medica...*, señala que la respiración y el pulso consiste en la alternativa de constricción y dilatación de las venas y las arterias y habla de las partes fuliginosas, análogamente a Servet. Bernardino Montaña de Monserrate, en su célebre *Anatomía del cuerpo humano*, 1551, expone doctrinas parecidas, aunque de un modo confuso, cosa que justifica poco la pretensión de algunos de considerarla como de la misma talla de nuestro Miguel. Juan Valverde de Amusco, discípulo en Pádua de Realdo Colombo, es autor de una *Historia de composición del cuerpo humano*, 1556, en la que sostiene que pasa la sangre por la arteria pulmonar, mezclada con el aire de la tráquea y bronquios — restos de la teoría galénica — y duda de la existencia del tabique interventricular. Juan Calvo, en su *Cirugía universal y particular del cuerpo humano*, Sevilla, 1580, se acerca más al conocimiento del mecanismo de la circulación de la sangre y de las diferencias de sangre negra y roja. Andrés de León, médico de Felipe II, en el *Libro primero de Anatomía*, 1591, también habla de la sangre que va al pulmón, aunque sin saber a qué va. Juan Valdés de la Plata, en *Crónica y Historia general del hombre*, demuestra conocer que la sangre circulaba por todas las partes del cuerpo, a impulsos de las contracciones del corazón, que en el corazón había un cambio de gases y se alimentaban las impurezas. Bartolomé Hidalgo de Agüero expone, en su *Tratado de la Anatomía del cuerpo humano*, la constitución del corazón y doctrinas del sístole y el diástole. En 1616, el catedrático de anatomía de la Escuela de Valencia, don Francisco Matías Martí, publicó *De facultatibus disputationes*, que tenía interés, porque si bien no dice nada nuevo indica que había hecho experiencias en vivo sobre la doctrina de la circulación. Y, por último, debemos citar como colaboradores de la doctrina de la circulación de la sangre al aragonés Jerónimo Ximenez, catedrático de la Universidad de Zaragoza, por encargo del mismo Cerbuna, Luis Mercado, que en su libro *De motu cordis et arteriarum*, tiene un concepto bastante aproximado de la circulación, y Antonio Ponce de León, médico de Felipe II.

Esta ligera ojeada sobre los médicos de la Edad de Oro demuestra bien a las claras la participación directa que tuvieron los españoles en la teoría de la circulación; ninguno la describe; siendo por demás de curioso no hallar en los posteriores comentarios al descubrimiento de Miguel, acaso por no haber llegado a sus manos ejemplares como a las de Colombo o Cesalpino, o bien callados por temor a incurrir en herejía.

Galeno sabía que pasaba la sangre por el pulmón. Vesalio participaba de la misma creencia, pero fué Servet quien, como es sabido, descubrió en *Christianismi Restitutio*, 1553, ps. 170 y 171, por entero la circulación pulmonar: o sea que la sangre pasa de la arteria pulmonar a la vena pulmonar, que la sangre que sale del corazón vuelve al corazón, que hay por consiguiente circulación, círculo, circuito. Que se haga la circulación por los pulmones es lo que nos enseña la conexión de la vena arteriosa o arteria pulmonar con la arteria venosa o vena pulmonar. Por eso la arteria venosa es de tanta magnitud, porque su sangre ha de mezclarse con el aire, aire que purifica y rejuvenece, con lo cual Servet presentía el proceso de la hematosi que siglos después había de descubrir Lavoisier. Esto es lo que Fluorens y Labcubéne señalaron en las principales etapas del descubrimiento, completado luego por Mariscal, que pretende demostrar no sólo que Miguel Servet fué el descubridor de la pequeña circulación, sino presentarlo como conocedor también del descubrimiento que más tarde había de hacer Guillermo Harvey.

En la moderna bibliografía aparecen, sin embargo, algunos estudios no enteramente conformes con esta afirmación. Max Neuburger sostiene que el principal fundamento para el descubrimiento de la gran circulación pertenece enteramente a Harvey. No parecen muy sólidas las razones que Neuburger expone, con lo cual ni se arrebató a Servet lo que es de él, ni se le atribuye a Harvey más de lo que clásicamente se le ha atribuido.

Mateo Realdo Colombo de Cremona, discípulo de Vesalio y sucesor suyo en la cátedra Pádua, seis años después de Servet, dice que descubrió por sí sólo la circulación de la sangre. Teniendo en cuenta los libros del *Christianismi Restitutio* que pasaron a Italia y el paralelismo observado entre Colombo y Cesalpino — otro pretendido descubridor de la pequeña circulación de la sangre — cae por su peso tal atribución.

El hecho ha suscitado nuevamente interés, utilizando los textos latinos que publicó Dalton, en los recientes estudios llevados a cabo por Roland H. Bainton, quien no solamente ha realizado el cotejo de los textos de Colombo, sino a los manuscritos de París, que difieren algo de los textos publicados después.

Bainton ha estudiado muy seriamente estas cuestiones, con un orden escrupuloso, con un método exquisito: mas la cuestión sigue resolviéndose en favor de Servet, a quien nadie puede arrebatarse la paternidad de tan gran descubrimiento.

A este resultado llegaba yo en mi segundo estudio sobre Servet, publicado en 1940. Y no me imaginaba yo entonces que este segundo estudio mío había de ser uno de los más trascendentes y suscitar una opinión en el mundo científico. Pero ello fué así, y en la Revista del Ateneo Veneto, año CXXXII, vol. 128, 11-12. Noviembre-Diciembre 1941, XX, apareció un extenso estudio sobre mis publicaciones del profesor Davide Giordano (1). La personalidad del profesor Giordano, tan destacada en la historia de la Medicina, es muy digna de atención, en este momento en que se cruza en mi aportación científica. No he de reseñar aquí el trabajo que me dedica, por extenso y elogioso; pero sí quiero destacar aquella parte en que habla de la circulación, que basándose en León Rosenfeld (2) y Angelo Manfredi (3), vuelve a resucitar la atribución del descubrimiento a Colombo y a Cesalpino, poniendo en duda mi suposición de que éstos conocieran la obra de Servet. Habla Giordano de que mi patriotismo ha podido ser el sugeridor de esta hipótesis, como si quisiera dar a entender que aun el patriotismo es malo cuando se trata de enjuiciar hechos científicos, ya que apasiona a quien va a juzgarlos. Pero a mí me parece una cosa tan clara y tan lógica y tan cierta, que con sólo cotejar las fechas de aparición de los libros de Servet y los de los italianos, estableciendo un orden cronológico, queda demostrada la prioridad del médico español. Sigo pensando que, a pesar de que en la hoguera desaparecieron muchos ejemplares de su obra, se salvaron unos cuantos—esos que ahora son codicia de los bibliófilos—y ¿por qué no pensar que algunos de esos pudieran caer en manos de los italianos? Si el descubrimiento se halla relatado, casi con las mismas palabras, en unos y en otros, creo que lo lógico es atribuirlo al primero que habla de ellos, y lo demás es involuclar y ofuscar las cosas. El historiador se debe, ante todo, a la verdad, pase lo que pase, y caiga quien caiga; la verdad es que Miguel Servet es el primero que habla de la pequeña circulación y soslaya el descubrimiento de Harvey; y para estudiarlo con serenidad, estúdiense documentos, penétrese en el acervo ingénito de la historia, por el camino de la investigación. Pero no se cree una conjetura para derribar una hipótesis porque ésta está en camino más seguro de la certeza.

Este es un aspecto, el más interesante de Servet, sobre el cual nuevamente hemos de volver los ojos para examinar los problemas que la moderna bibliografía nos suscita.

* * *

Résteame examinar un aspecto de los menos conocidos, y, por consiguiente, sobre el que se han tejido un sin fin de conjeturas. Me refiero a las doctrinas médicas de Miguel Servet y el arte de curar.

Sabido es que Servet, con el pseudónimo de *Michael Villanovano*, publicó el *Syruporum universa ratio...*, en el que se exponen doctrinas hipocráticas y galénicas, en relación con el arabismo.

Es libro en que Servet muestra su dominio en materias médicas, que con gran acierto va conciliando la tesis de Avicena con las doctrinas de la antigüedad.

Es libro de polémica—al fin escrito en su juventud;—pero serio, sensato, reflexivo. Seguramente fué escrito a raíz de su estancia en París, cuando fué discípulo de Fernel y Silvio y compañero de Vesalio, pues Silvio hace grandes elogios de Servet y más tarde Gonthier de Andernach los repite diciendo que Miguel logró muy pronto ser maestro, muy conocedor de Galeno; también debió influir mucho en su formación médica, la amistad de Sinforiano Champier. Mariscal da pocas noticias sobre este particular, limitándose a decir que el *Syruporum* era «una acerba crítica de los métodos terapéuticos entonces en uso, recordando lo sabio, sencillo y suave de la medicina árabe, que tanta importancia llegó a alcanzar en las escuelas españolas y cuya base eran sus célebres jarabes, que, según ellos, «tanto favorecían la cocción». Y hablando de las repercusiones académicas que esto podía traer, recuerda los célebres procesos de la Facultad de Medicina de París.

«Esto desagradó a los catedráticos, que no veían con gusto que un alumno se permitiese discutir de sus doctrinas, y los atacara públicamente en el libro y en la tribuna con desusada libertad y apoyándose principalmente en sus enseñanzas astrológicas, que consideraban contrarias a la religión y a la ciencia, le obligaron a cerrar su cátedra. Mas no se dió por vencido nuestro Miguel en esta desigual lucha—un estudiante extranjero contra todo un claustro de profesores de la importancia del de París—y escribió una apología en propia defensa y contra los médicos parisienses...», que poco después fué quemada la tirada íntegra.

Más conocedor Goyanes de esta cuestión, al referirse a las doctrinas médicas de Servet dice que para entender el sentido del *Syruporum* «es preciso hacerse cargo del concepto galénico sobre el proceso de la digestión y de la circulación». Según el famoso médico de Pérgamo, existen tres digestiones o grados del pro-

ceso digestivo: la primera en el estómago, la segunda en el hígado y la tercera en los órganos. El quilo se formaría en los intestinos y pasaría a las venas del mesenterio y al hígado. En el hígado los alimentos se convertirían en sangre (el espíritu natural en espíritu animal). Desde aquel órgano la sangre se reparte a los miembros y al corazón derecho. De aquí pasaría al pulmón para su nutrimiento y en parte por los poros del tabique interventricular al ventrículo izquierdo, para convertirse en espíritu vital y repartirse por todo el cuerpo»; y traduce íntegro el prólogo e inserta un resumen de los seis capítulos y prologuillo de que se compone el *Syruporum*.

Diepgen generaliza más sobre la época y ambiente en que apareció este libro. «El combate contra el arabismo conduce a Servet a conmover una concepción fundamental de la patología humoral. Servet niega la eficacia de los jarabes introducidos por los sarracenos en la terapéutica morbosa. Sometió la doctrina general de esta digestión a una acerba crítica, demostrando que los humores cardinales, prescindiendo de la flema, no eran, en general, aptos para ser digeridos.»

Pero está todavía por hacer el verdadero estudio del *Syruporum*. Porque es sumamente interesante aclarar todas las alusiones médicas que contiene de los diversos maestros de la antigüedad y de su época, y señalar cuál fué la posición de Servet dentro de las doctrinas que entonces se usaban. Esto requiere una labor muy lenta. Yo he realizado cuanto podía en este sentido, primeramente para el original que envié a la edición de la Academia, y hoy en el escrupuloso cotejo que he de llevar a cabo con los principales textos de Hipócrates, Galeno y Avicena, en relación a la obra de Servet.

Pero en tanto que eso llega, daré aquí un breve resumen de este interesantísimo libro.

Por tres fines, dice Servet, que se decidió a la publicación del *Syruporum*, aun conociendo todo el peso que echaba sobre sí: ayudar al progreso de la Medicina, defender la justa doctrina de Galeno e investigar la verdad. Su libro dice que es utilísimo bajo todos los conceptos y que la juventud estudiosa podrá sacar de él mucho fruto, no porque trate de una materia nueva, sino una vieja doctrina resucitada en la maduración de los jarabes y las purgas, según Galeno.

Sobre lo que eran y cómo actuaban los jarabes llamados digestivos, no tenía un concepto claro. Algunos creían que sólo servían para digerir o cocer los humores biliosos, que no debían, según su opinión, cocerse, sino expulsarse. Los árabes opinaban contrariamente, trayendo e invocando en su apoyo a Hipócrates y Galeno. Servet cree que los jarabes son muy útiles, pero antes que nada de lo que trata es de exponer la doctrina de la cocción.

Demuestra que es única tanto en los sanos como en los enfermos y único también su fin. No puede estar de acuerdo con Avicena, que cree que todos los humores de las enfermedades no han de cocerse para expelerlos con más facilidad.

Y expone la doctrina de Avicena en sus relaciones con los médicos renacentistas, especialmente Manardo. Y Servet, sin negar doctrinas de Aristóteles y Galeno, concluye que la cocción es una perfección procedente del color propio y natural que tiene por fin la asimilación. Tal cocción «será única según la especie, porque una es la causa eficiente: el calor; único también su fin: la asimilación: única asimismo la materia propia, o bien, en caso contrario, en materia viciosa». Explicada así la cocción, siguiendo la terminología aristotélica empleada por Servet, puede interpretarse claramente que considera causa motora o eficiente, que precede a todos los demás, el calor innato, la asimilación como el objetivo de la digestión o causa final, y en la que había de formar parte del animal, y la cocción defectuosa en la que lo digerido no se asimila y es sustancia viciosa.

Y para probar esta hipótesis trae a cuento las razones de Galeno, que mostraban cómo el organismo estaba dotado de defensas—la fuerza medicatriz de Hipócrates,—cuando las causas *praeter naturam* tienden a romper el equilibrio orgánico.

Por eso afirma Servet que «debe haber cierta relación, afinidad o parentesco de aquello que digiere, pues lo enteramente extraño o ajeno es imposible desde todos los puntos de vista, que pueda digerirse, sino que la naturaleza ha de procurar echarlo cuanto antes.

Base del libro de Servet es, pues, la doctrina de la cocción, muy en boga en su época. Esta doctrina, una de las más notables y abundantes en los libros de Hipócrates. Renuard decía que no podía leerse un pasaje hipocrático sin surgir la doctrina de la cocción, al lado de la crisis, los cuatro elementos y los cuatro humores.

La enfermedad en el concepto hipocrático era un estado accidental de la vida sostenido y creado por su desequilibrio orgánico, suscitado por causas *praeter naturam*.

Servet ve el remedio de la enfermedad en el uso de los jarabes, y así todo el capítulo V que trata *De la composición de los jarabes y su variado uso* está dedicado a la exposición y génesis de ellos.

«Es importantísimo — decía — analizar en pocas palabras su composición. Los árabes los clasifican en: julepes, apocemas, jarabes, robus y loochs. Los primeros se componían de azúcar de cualquier jarabe con cuatro partes de agua. El apocema difiere del jarabe que no se cuece con tanta perfección, ni se conserva con tanta facilidad.

El modo de obrar de los jarabes es múltiple. Demos de buen grado que el primer uso de los jarabes sea cocer. Y el segundo es alterar la enfermedad por la cualidad contraria. El tercero debilitar y aligerar. El cuarto ser diurético. El quinto reglamentar el vientre. El sexto detenerlo. El séptimo ser confortante y fortaleciente.»

A lo largo de todo el libro se ve que está escrito con calor y entusiasmo, bien lejos por cierto de aquel ambiente hostil que muchos desconocedores del libro dicen que Servet creó frente a la doctrina de los jarabes.

Servet los conocía y los adaptaba en terapéutica y sólo difería de los árabes en ciertas apreciaciones (si favorecían la cocción o preparaban para la purga), no siendo partidario de un arte de curar rígido, basado en lo que Teruel había llamado *detergentes*. Servet creía en la *physis* natural descrita por Hipócrates, y el medicamento venía a ser como había leído en Galeno, un elemento que introducido en el organismo podía producir modificaciones, y unificando los dos conceptos, Servet opinaba que el medicamento había de ser el agente que robusteciese la *physis*. Estas ideas sugestionaron tanto, que pronto se desplaza de las opiniones de Silvio y Fernel. Para dar una mayor importancia a la experimentación clínica.

* * *

Y, por último, voy a referirme a un aspecto de nuestro sabio, muy poco destacado: Miguel Servet en sus cartas, en defensa propia, cuando fué procesado por orden de Calvino.

Son las cartas de un hombre inteligente y bueno, creyente, que si alguna vez se dejó llevar de la libertad de pensamiento en las cuestiones teológicas, lo hizo siempre bajo el impulso de la novedad científica, y que ahora frente a la eternidad, en esos momentos que iba finando su vida poco a poco, conforme se aproximaba el cumplimiento de la sentencia, volvía al cauce de la sensatez y la serenidad. En las cartas de Servet, escritas puesto ya el pie en el estribo, no hay obstinación, ni terquedad; pero tampoco son una prueba de miedo ante la muerte; por el contrario, escritas con tanta lucidez, asombra cómo podía tener el pensamiento tan en orden en la evolución lógica de las ideas. Esto a mi juicio no puede explicarse, sino es con un derroche de estoicismo, de quien como Servet sabe que nada vale en la vida sino sus obras, y que éstas hablarán elocuentemente cuando su vida acabe. Sentido de franca vitalidad, pues, propio de un hombre renacentista del temple de Servet.

La primera carta es de 25 de agosto de 1553.

«A los muy honrados señores, monseñores los síndicos y el Consejo de Ginebra.

«Suplico humildemente, Miguel Servet, acusado, pone en conocimiento que es una invención ignorada de los apóstoles y discípulos de la iglesia antigua formar causa criminal por la doctrina de la Escritura o por cuestiones procedentes de ésta. Esto se demuestra primeramente en las actas de los apóstoles, capítulos XVIII y XIX, donde tales acusadores son rechazados y enviados a las iglesias cuando no hay otro crimen que cuestiones de religión. Igualmente en tiempos del Emperador Constantino el Grande, en que había grandes herejías de los arrianos y acusaciones criminales, tanto del lado de Atanasio como del lado de Arrio, dicho emperador, por su consejo y por consejo de todas las iglesias, acordó que, según la doctrina, semejantes acusaciones no tendrían lugar, aun cuando fuese un hereje como Arrio. Pero que todas las cuestiones serían decididas por las Iglesias y que él o aquellos que fuesen conocidos o condenados por éstas, si no quisieren arrepentirse, serían desterrados. Este castigo ha sido de todo tiempo observado por las iglesias contra los herejes como lo prueban mil historias y autoridades de doctores. Por lo que, monseñores, según la doctrina de los apóstoles y discípulos que no permitieron tales acusaciones y según la doctrina de la antigua Iglesia, en la cual tales acusaciones no eran admitidas, pide el suplicante se le deje fuera de toda acusación criminal. En segundo lugar, señores, os ruego que consideréis que ni en vuestra tierra, ni fuera de ella, he ofendido a nadie, ni he sido sedicioso o perturbador. Porque las cuestiones que trato son

muy difíciles y solamente van dirigidas a la gente sabia. En todo el tiempo que estuve en Alemania no hablé de ellas más que con Eocolampadio, Bucer y Capiton y en Francia con nadie. He reprobado siempre y repruebo las sediciones de los anabapistas contra los magistrados y la opinión de que todas las cosas han de ser comunes.

Como soy extranjero y no conozco las costumbres del país, ni la manera de proceder en juicio, pido que se me dé un procurador que hable por mí. Si esto hacéis así el Señor prosperará vuestra República. Hecho en vuestra ciudad de Ginebra el 22 de agosto de 1553. Miguel Servet de Villanueva en causa propia.»

La segunda es del 15 de septiembre del mismo año.

«Mis muy honrados señores.

Os suplico humildemente os dignéis abreviar mis grandes dilaciones, o ponedme fuera de la criminalidad. Ya veis que Calvino está al final de su papel, no sabiendo qué decir, y por capricho quiere hacerme pudrir en la prisión. Los piojos se me comen vivo, mis zapatos están destrozados, y no tengo con qué cambiar mi jubón y mi camisa destrozados. Ya os presentaré otra demanda exponiendo cómo estoy. Y para impedirla Calvino os ha alegado Justiniano. Es malvado alegar contra mí lo que él mismo no cree. El mismo no cree lo que Justiniano ha dicho de las Iglesias y de otras cosas de la religión, y sabe bien que la iglesia estaba depravada. Es una vergüenza para él y más aún por tenerme hace cinco semanas encerrado y jamás ha alegado contra mí un solo pasaje.

Señores, yo os había también pedido un procurador o abogado que me defendiera, por ser extranjero y no conocer las costumbres del país. En cambio lo concedisteis a la parte contraria, y no mí, y le sacasteis de la prisión antes de conocerle. Yo os requiero que mi causa sea llevada al Consejo de los Doscientos. Y si puedo apelar, apelo protestando de todos los daños y de la pena del Talió, tanto contra el primer acusador como contra Calvino su maestro, que ha tomado mi causa. Hecho en vuestras prisiones de Ginebra el 15 de septiembre de 1553.»

Sin fecha, pero posterior indudablemente a ésta, es la nota de contestación a Calvino, que lleva en el margen: «En causa tan justa estoy y no temo a la muerte», y dice:

«Hasta ahora se ha hablado bastante y aquí está una gran turba de firmantes, pero qué lugares aducen éstos para establecer que el Hijo es invisible y realmente distinto, ciertamente no aduce ninguno, ni podrá jamás aducirlo así comienza a los pastores que continuamente se jactan de no querer nada que no esté demostrado con sólidos pasajes de la Sagrada Escritura. Pero en ninguna parte se encuentra tales pasajes. Así, pues, mi doctrina es reprobada con sólo clamores, pero con ninguna razón, con ninguna autoridad. Lo firmo Miguel Servet, aquí ciertamente solo, pero que tiene a Cristo como protector ciertísimo.»

Esta querrela entre Calvino y Servet, en pleno proceso de éste, suscitó la siguiente carta del 22 de septiembre.

«Muy honrados señores.

He sido detenido en acusación criminal, de una parte de Juan Calvino, el cual me ha acusado falsamente diciendo que yo había escrito: Que las almas son mortales y también que Jesucristo no había tomado de la Virgen María más que la cuarta parte de su cuerpo.

Estas son cosas horribles y execrables. En todas otras herejías, en todos los crímenes, no hay ninguno tan grande como hacer el alma mortal. Pues a todos los otros hay esperanza de salvarse, pero no para otra arte. Quien dice esto no cree que haya Dios ni justicia, ni resurrección, ni Jesucristo, ni Santa Escritura, ni nada sino que todo es muerte y que hombre y bestia son todo uno. Si yo hubiera dicho aquello, y no solamente dicho, sino escrito públicamente, me condenaría yo mismo a muerte. Por lo cual, mis señores, pido que mi falso acusador sea castigado con la pena del Talió y que sea detenido prisionero como yo, hasta que la causa ésta termine por su muerte o por la mía o por otra pena. Y para hacer esto pido la ley del Talió. Estaré contento de morir. Os pido justicia, mis señores, justicia, justicia, justicia. Hecho en vuestras prisiones de Ginebra, el 22 de septiembre de 1553.»

Y el 10 de octubre escribe la última.

«Magníficos señores.

Hace ya tres semanas que deseo y pido se me conceda audiencia, y no puedo conseguirla. Os suplico, por el amor de Jesucristo, no me neguéis lo que no se niega a un turco al pedirnos justicia. Tengo que deciros cosas muy importantes y necesarias. Tocante a lo que ordenasteis que se me hiciese algo para tenerme limpio, nada se ha hecho y estoy más sucio que antes. Además el frío me atormenta grandemente, a causa de hernia y de mi cólico, el cual engendra otras impurezas que me avergüenzo escribirlas. Es una gran crueldad que ni siquiera

se me permita hablar para remediar mis necesidades. Por el amor de Dios, Señor, remediadlo, o por compasión o por deber. En vuestras prisiones de Ginebra a 10 de octubre de 1553. Miguel Servet» (4).

En ellas puede verse, en franca gradación, cómo iba oscureciéndose la inteligencia de aquel sabio, hasta perderse en el caos de la muerte; desde las más claras elucubraciones lógicas hasta la desintegración de la angustia y la zozobra.

Estas cuatro cartas son el testigo más vivo de cómo fué juzgado Servet.

En vano elevó sus súplicas. De la cárcel de Ginebra no salió hasta el 27 de octubre, después de escuchar el terrible documento que termina así:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por esta nuestra sentencia definitiva, que damos por escrito, a ti, Miguel Servet, te condenamos a ser atado y llevado al campo de Champel y allí a ser amarrado a la picota y quemado vivo con tu libro escrito de tu mano e impreso, hasta que tu cuerpo quede reducido a ceniza, y así acabarás tus días para dar ejemplo a los otros que quisieran imitarte.»

Servet escucha horrorizado la sentencia y muestra sus manos para que lo amanillen y de esta guisa y rodeado de turbas, cruza la plaza de Ginebra, sigue la calle de Chandonier, sale al campo por la puerta de Saint Antoine, recorre el camino de las horcas, baja al barranco en cuyo fondo se halla la cueva del verdugo y sube a los terrenos de San Pablo; en lo más subido del altozano, aparece clavado y hundido en el suelo un poste rodeado de haces de leña. Servet pone los pies sobre ellos, en tanto que con recios alambres atan al poste su cuerpo, no sin haber atado a su cintura el *Christianismi Restitutio* donde se consigna el descubrimiento de la circulación de la sangre; pónenle luego sobre la cabeza la corona de ramaje saturada de azufre, y avanzando el verdugo con la antorcha en la mano, prende fuego a la leña. Una humareda espesa incienso la figura desmembrada del sabio, luego las llamas rojizas y amarillentas, lamen primero y trepan después por la superficie del cuerpo crispado; las ropas se desprenden incendiadas con estrépito sobre los rescoldos, la piel se enrojece, se levanta en ampollas, se corroe, se carboniza, y tras la piel, las carnes y los huesos y las entrañas todas; Servet grita, implora, y cuando nota la muerte en el cerebro exclama: ¡Ignorantes!, y cuando la agonía llega al corazón prorrumpe angustiadísimo: ¡Misericordia!, y ya no dice más; el fuego sigue haciendo su obra; las partes de su cuerpo consumidas por la carbonización caen cortadas por el alambre candente que le sujeta y allí acaba en humos que se disipan y en cenizas, que aventadas al viento todavía peregrinan en busca de cobijo.

Bibliografía

- (1) *Da Omero a Michel Servet negli studi di J. M. Castro y Calvo*. Loc. cit.
- (2) (De Lièges).—*Remarques sur la question des precursers*.—Archeion. Roma. Genáio, Giugno 1938, p. 78.
- (3) *Medicina e Casistica nel tardo cinquecento*. Faenza. F. Llelega. 1939. XVI.
- (4) Vid. Allwörden.—*Historia Michaelis Serveti*. 1927.